El Periódico del Arte nº54, abril de 2002

Vuelta al documento

Como viene siendo frecuente en los últimos meses una galería de la calle San Lorenzo vuelve a colaborar con la no muy lejana Javier López, y presentan de manera simultánea obra de un mismo artista. En este caso del venezolano José Antonio Hernández-Díez, afincado ahora en Barcelona y que es una presencia asidua en los espacios españoles desde que por vez primera expusiera en *Cocido y Crudo*.

Al revés que muchos artistas procedentes del campo de las artes plásticas y que en los últimos tiempos han optado por la imagen en movimiento, en el caso del venezolano desde sus comienzos existe una atención hacia ella, y así constó en sus primeras presentaciones públicas. Pero no obstante esos orígenes en su obra poco a poco se fue consolidando una faceta objetual y matérica, que es la que con más frecuencia se identifica al arte iberoamericano actual. Una identificación a la que él no ha querido renunciar, y que incluso, posteriormente, ha cobrado visos escenográficos, otro de los factores frecuentes para el arte de la zona. En su caso esa identificación fue notoria a través de algunas piezas presentadas en su exposición individual en el CGAC.

Consciente de ese peso de lo objetual, todavía visible en una cuna en forma de espiral que estará presente en la galería Javier López y que fue enseñada en el Museo Serralves, el artista ha decidido volver a sus orígenes y realizar un trabajo hecho con imágenes y sonidos, y presentarlo en una superficie plana, rechazando la dimensión de la obra como un icono. Como esta reseña está escrita antes de la realización de ese trabajo, y se guía por las intenciones declaradas por el propio Hernández-Díez, sólo es posible deducir sus intenciones pero no los resultados, que tal vez acaben siendo influidos por el auge de lo real y del documento cinematográfico como punto de partida.

Pablo Llorca

José Antonio Hernández-Díez. Galerías Elba Benítez (San Lorenzo, 11. Madrid. Tel.: 91 308 04 68. Del 11 de abril al 25 de mayo) y Javier López (Manuel González Longoria, 7, Madrid. Tel.: 91 593 21 84. Del 11 de abril al 18 de mayo).

Ironía herida

El público español ya tuvo la oportunidad de ver una de las piezas monumentales de Michael Ray Charles, *Crounching beacon*, en el *stand* de la Cotthem Gallery de Barcelona durante la feria de arte contemporáneo Arco. La escultura, una de las cinco que se exponen en la sede barcelonesa de la galería, resulta emblemática de la temática de Charles y de su voluntad de denuncia.

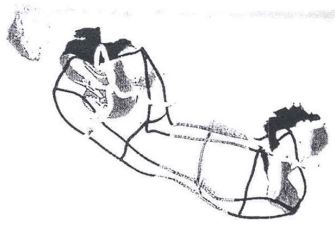
"El niño sentado en la maceta como si fuera una planta, es una imagen muy clara de cómo el artista ve la historia de los negros en Estados Unidos: fueron transportados allí en contra de su voluntad y nunca les han dejado espacio para echar raíces. El niño, que encarna la esperanza en el futuro, en este caso se convierte en un elemento tragicómico", explica Belén Simón, de Cotthem Gallery, indicando la enorme pieza de fibra de vidrio y silicona, que parece muy pesada y en cambio es ligerísima.

Charles no tiene miedo a que su obra parezca didáctica. Su objetivo primordial es evidenciar, desde un enfoque irónico, los estereotipos de la cultura afroamericana y su impacto sobre el desarrollo de las relaciones entre negros y blancos. Por ello para los rostros de sus figuras, tanto escultóricas como pintadas, se inspira en las antiguas imágenes de la historia de la raza negra o toma prestados los iconos de la cultura popular desde el Tío Tom hasta Aunt Jemina, que sonríe desde las cajas de los *pancakes* presentes en la mayoría de desayunos estadounidenses.

Los trabajos de Michael Ray Charles, un afro-americano nacido en Louisiana en 1967, obligan a los espectadores a plantearse preguntas espinosas. Por ejemplo, por qué las empresas de tabaco y licor enfocan sus campañas publicitarias hacia las minorías o cómo son representados los afroamericanos por la industria del ocio y del deporte. "Algunas de las esculturas de Charles están recubiertas con una pátina de betún. Así que, tal y como los negros solían limpiar los zapatos de los blancos, el propietario de la obra tendrá que cuidarla y conservarla, frotándola de vez en cuando con betún", concluye Simón.

Roberta Bosco

Forever Free. Michael Ray Charles. Cotthem Gallery. Dr. Dou, 15, Barcelona. Tel.: 93 270 16 69. Del 13 de abril al 11 de mayo.



Paseos

Una estructura reticular ingrávida pulula obsesivamente por los cuadros del pintor valenciano Juan Olivares (Alcira, 1973), desde su primera exposición en la sala André Lambert de Jávea en el año 1999. Se trata de una retícula con vocación tridimensional, realizada en una buscada mano alzada, a veces firme, a veces temblorosa; para ganar volumen utiliza sencillos rudimentos de perspectiva que le permiten flotar en los espacios blancos —espacios de nada— de estos cuadros. Una retícula que parece funcionar con un significado añadido: ser el elemento identificador del trabajo de Olivares.

Muestra ahora este joven pintor sus últimos cuadros en la galería Espai Lucas de Valencia, tras su paso, hace ahora dos años, por la sala institucional que apuesta con mayor riesgo y coherencia por el arte emergente local: la Edgar Neville de Alfafar. La abstracción continúa siendo el terreno en el que se mueve Juan Olivares, una abstracción que nace del encuentro entre el color, en forma de gesto, y un dibujo militante que, insistente, pugna por hacerse muy visible. En ocasiones, la retícula dibujada pierde su forma y queda reducida a una única línea que, como en algunas de las obras de la exposición de Alfafar, puede cobrar volumen escultórico al salirse físicamente del espacio reducido de las dos dimensiones. Estos recorridos por los ámbitos de la abstracción parecen, sin embargo, tener referentes en la vida real. De hecho los títulos de algunas obras de principios de la década, como *Flanêur* o *Paseante*, ofrecían pistas sobre el origen de la imagen. Pistas que, por coincidencias de fechas, nos pueden llevar a las relaciones entre las fotografías y las pinturas que Sean Scully enfrenta unas calles más allá, en el Ivam.

Isabel Tejeda

Juan Olivares. Espai Lucas. C/ Jofrens, 6, Valencia. Tel. : 96 391 56 55. Del 4 de abril al 18 de mayo.

Sensaciones

A finales de los años 80, Sol LeWitt concibió unas pinturas murales para el espacio madrileño de Juana de Aizpuru. Fue la primera de las colaboraciones frecuentes que, desde entonces, el norteamericano ha realizado en España. Una docena de años más tarde vuelve a las salas de la misma galería, con un proyecto similar al de entonces: la concepción de pinturas murales cuidadosamente pensadas sobre el papel, que unos pintores se encargarán de llevar a cabo. El resultado aún está por ver aunque, probablemente, muestre la evolución que esos murales han tenido desde entonces (en aquella ocasión concibió formas geométricas cuyas caras estaban pintadas con colores distintos). Lo que es bastante seguro es que serán muy bonitas, algo que no suele deparar muchas sorpresas por su parte.

Una dimensión plástica reveladora de la verdadera esencia del arte minimalista. En realidad, es toda la obra de Sol LeWitt la que, en su evolución, revela de manera nítida los mecanismos del grupo, su punto de partida y su destino. Y, aunque eso es algo que afecta a todo su trabajo, tanto al escultórico como al pictórico, ahora conviene centrarse en este último. Pues si él partió, a finales de los 60, de pinturas que consistían en trazos rectos y blancos sobre un plano, y que mantenían un orden estricto (no exento de una emoción, pese a las premisas de rigor y *antirretinianismo*), su evolución, sobre todo a partir de la adopción del color en 1980, muestra que son obras eminentemente plásticas, superficiales y bellas, por mucho que varios cánones del grupo, como el de la no realización física por parte del autor o las premisas previas de cálculo, se mantengan. El punto de partida puede seguir siendo *interesante* —uno de los piropos más grandes que les gustaba escuchar— pero la percepción es puramente sensorial.

P.L.

Sol LeWitt. Galería Juana de Aizpuru. Barquillo, 44, Madrid. Tel.: 91 310 55 61. Hasta el 31 de abril.